

esta muela formidable que le ha salido a una encía de roca, se está contemplando la ruda movilidad de los canchales, protestando broncos y agresivos de la paz del campo.

Por Conejeros los barbechos van perdiendo la gracia de su oro, cuando el sol deja de prestarles su lustro. Ese color amarillo que es alegre y optimista, y que, fácilmente violable, un adarme de combinación torna sucio y feo, que observó Goethe. Pero que aquí, sobre la tierra parda, gana una calidad suprema de oro viejo ahora que el sol se va retirando. Los pinos de San Blas se encimeran de bruma. La atardecida resuelve el paisaje en meditación inacabable.

Y la visión se torna dulce. Fantasmales figuras de otras épocas pueblan el patio de armas. Se escucha el golpe del cuento de las lanzas, el hablar antañón de los caballeros, un piafar inquieto de juglaría en el ajimez del salón del trono. Por las huertas, lejanísima, se oye la voz de un mozo. Encaramándose por la ladera sube el ronroneo perezoso de un motor.

Desde la iglesia, derramándose por el llano, comienzan a llegar las campanadas tranquilas que llaman al rosario...

## CLAVILEÑO

Las cañas, el aire, la orilla del cielo  
se tiñen de verbo, de luz y de numen;  
las cosas se borran, los nombres se sumen,  
la muerte no pisa las flores del suelo.

La fe, la simpleza, la magia del vuelo,  
que afirma, que pliega, que riza el volumen,  
en sueños y hogueras el mundo consumen  
y engendran y pintan y corren el velo.

Si el más glorioso, celeste viaje  
tan simple tramoya montar aconseja  
y el sueño es del loco feliz contrapunto,

no en rutas uliseas de arcano paraje  
confíes, descansas ni sueños, y deja  
tu vida clavada de luz en un punto.

EUGENIO FRUTOS

